

LA POESIA DE BLANCO-WHITE*

por ROGELIO REYES CANO

Pocas personas tan autorizadas en Sevilla para hablar de José María Blanco como las dos que me han precedido en el uso de la palabra. Don Eduardo Ybarra en su calidad de Director de esta Real Academia, a la que tan ligado estuvo Blanco-White, miembro de una minoría sevillana (Lista, Mármol, Reinoso, Arjona, Roldán...) a la que con toda pertinencia podríamos aplicarle –y no nos equivocariámos un ápice– el calificativo de generación académica. Y luego el profesor Antonio Garnica, reconocido especialista en el tema, editor y estudioso destacado de sus textos.

El nos ha hecho un bosquejo de la personalidad y de la obra de Blanco con el rigor y el conocimiento que podíamos esperar. Y así hemos recobrado por unos momentos la memoria viva de un hombre y de una época. Una época lúcida pero más conflictiva de lo que a veces sugieren los esquemas históricos y las síntesis culturales. Y un hombre –Blanco-White– que jugó –como otros tantos intelectuales de aquel tiempo– su carta personal y, también como tantos otros, sufrió las consecuencias de su condición humana –agitada y contradictoria– y de las especiales circunstancias externas de un país como España, que por entonces se afanaba, con poco éxito, en articular formas de convivencia social de las que el automarginado Blanco no parecía esperar mucho. Pero con el hombre Blanco iba también el poeta Blanco, y a él quiero evocar en estos pocos minutos.

Si es verdad, como pensaba Juan Ramón Jiménez, que el poeta se distingue siempre por decir la palabra esencial, la palabra interior que inventa y descubre el mundo, Blanco fue siempre fiel a este presu-

* Disertación leída el 20-V-1991.

puesto. Buscó siempre contarse él mismo en el verso, volcar en los poemas —desde los tempranos años juveniles de textos a la Inmaculada, a las Bellas Artes o al sensitivo mundo pastoril de Silvios, Albinos, Alexis y Corilas... hasta los agitados desahogos románticos de Liverpool— volcar en sus poemas, digo, ideas y sentimientos que tiñen las cosas de un nuevo color. Lo dijo él mismo en un discurso sobre la poesía escrito en 1804: «Desengañémonos, señores, y no nos dejemos llevar del aspecto que las cosas presentan a los ojos vulgares. Todo aquello que engrandezca las ideas, que roce con la inmensidad oscura del infinito, todo lo que descubra al hombre a los ojos del hombre mismo, forma por sí y casi sin otro adorno el carácter de la poesía».

Hay en esa afirmación dos referencias que me parecen válidas para acercarnos al entendimiento de la poesía de Blanco. Una es de signo intelectual: la poesía ha de buscar el engrandecimiento de las ideas. Otra es de signo casi metafísico: la poesía se adentra en la «inmensidad oscura del infinito», roza el misterio de la vida, es una forma de conocimiento del mundo. Es como si Blanco estuviese resumiendo lapidariamente la evolución misma de toda la poesía española en la transición del siglo XVIII al XIX, evolución que es la suya, y que va desde una poesía de ideas a una poesía de sentimientos, desde la reflexión a la pasión. Lo dijo también Blanco en el mismo discurso antes citado: «La poesía, igualmente que los idiomas nacientes, no es otra cosa que el lenguaje de las pasiones y así siguen constantemente los mismos pasos. La poesía aumenta los objetos y les da un fuerte colorido conforme al afecto que domina al poeta. El lenguaje primitivo expresa las cosas con el aumento que deben tener en el corazón inexperto de unos hombres para quienes todo es nuevo en el mundo».

Desde la reflexión a la pasión, ésta es la andadura por la que transita el Blanco poeta. Pasión que no quita, sin embargo, conocimiento. Andadura por otra parte común a los grandes autores de su siglo, al gran Meléndez Valdés, en quienes su amigos creían ver la síntesis del perfecto hombre de su tiempo: aquel que a la mente más despejada unía el corazón más sensible. Descartes y Rousseau en milagrosa síntesis; poesía de ideas, canto a la ciencia, a la religión, a las artes, o a la vida práctica; y poesía del corazón, poesía de las pasiones, que en Blanco será también siempre la pasión intelectual. Un apasionado de las ideas, he ahí el calificativo que mejor puede cuadrarle y el que dejan traslucir sus poemas. El Blanco poeta recorre, pues, el camino de la mejor poesía de su siglo.

Comienza en sus años juveniles, fiel a los estímulos que recibe en la Sevilla de entonces, con dos acentos poéticos: el del clasicismo de recuerdos herrerianos, en la mejor tradición sevillana del verso solemne y del decoro verbal; y por otra parte el juego rococó de tema anacreónico y pastoril. Dos espléndidas odas a la Inmaculada y varias amorosas a Dorila reflejan muy bien esas inquietudes poéticas de escuela que bajo el disfraz bucólico o mitológico ocultan los sentimientos más personales. Blanco cantará a esa Inmaculada tan sevillana que significa la liberación divina del mundo; o sugerirá experiencias eróticas en torno a la pastora Dorila. Pero no olvidará los temas «útiles» del momento: una oda a las Bellas Artes y a su restaurador Carlos III, destinatario de tantos elogios ilustrados; y una epístola, esta vez de fuerte acento anticlerical, que dedica a Forner y que lee en 1796 en la Academia de Letras Humanas.

La biografía de Blanco, que ya en sus años sevillanos fue sacudida por las primeras disidencias ideológicas y pasionales, vivirá a raíz de la invasión francesa una agitación desusada, que culmina con su marcha a Inglaterra y su profunda crisis religiosa. En la misma medida su obra poética adquiere nuevos acentos, más centrados en la nueva sensibilidad prerromántica, que se proyecta en un discurso poético más libre y agitado, lleno de giros sintácticos cargados de dinamismo y de términos centrados en la esfera de lo sentimental. A ello hay que añadir, en el caso de Blanco, una honda preocupación de signo religioso, y más aún: de signo existencial y metafísico. Los poemas que escribe en los años 20 y 30 muestran especial predilección por el motivo de la noche, motivo, como se sabe, nada gratuito, pues entraba de lleno en un gusto prerromántico que en España había dado lugar a un bello texto de Cadalso (*las Noches lúgubres*), en la línea de los *Pensamientos nocturnos* de Edward Young y las *Meditaciones entre los sepulcros* de James Harvey. La noche es para Blanco signo de inquietud metafísica o de miedo ante la muerte. Y en realidad sus últimos poemas, escritos en Liverpool, tienen ya acentos de nostalgia y parecen traslucir una fuerte conmoción interior. En 1839 le llega la segunda edición de las poesías de su viejo amigo y maestro Alberto Lista, y le escribe un soneto con una nota en inglés en la que expresa sus dudas sobre la calidad de su español, «después de tanto tiempo —dice— de no usar esta lengua». En él Blanco resucita el recuerdo de la vieja amistad que los unió y proclama su afecto por encima de todos los zarandeos de la vida:

*Quiero, mi amado Lista, antes que muera,
 mover los ecos de la lira hispana
 con que encantamos nuestra edad temprana,
 de la vida la aurora lisonjera.
 Ella inspiró nuestra amistad sincera,
 ella nos enlazó; de ella dimana
 esta inmortal ternura que me afana,
 este anhelar por ti, que no se altera.
 Bien sé que mis acentos son extraños,
 y que un clima severo ha enroquecido
 la voz que te halagó con simple juego;
 Mas a despecho de pasados años
 te dirá que es la mía, si no el oído,
 el corazón, que sentirá su fuego.*

Todavía en 1839, como un recuerdo sevillano, pondrá en boca de un personaje suyo unas seguidillas y reclamará para esta forma poética un cultivo más intenso. Seguidillas de tema elevado, aprovechamiento culto, como quería Bécquer, del manantial de la lírica popular. Pero la gran pregunta de Blanco en esos últimos años de Liverpool, cuando, según él, casi ha perdido la capacidad de usar bien el castellano, seguirá siendo agudamente existencial:

*¿Adonde te hallaré, Ser infinito?
 ¿En la más alta esfera? ¿En el profundo
 abismo de la mar? ¿Llenas el mundo
 o en especial un cielo favorito?*

*«¿Quieres saber, mortal, en dónde habito?»,
 dice una voz interna. «Aunque difundo
 mi ser y en vida el universo inundo,
 mi sagrario es un pecho sin delito.*

*«Cesa, mortal, de fatigarte en vano
 tras rumores de error y de impostura,
 ni pongas tu virtud en rito externo;
 no abuses de los dones de mi mano,
 no esperes cielo para un alma impura
 ni para el pensar libre fuego eterno».*

Ese soneto, muy expresivo del talante vital de Blanco, fue escrito en Liverpool el 3 de febrero de 1840, un año y tres meses antes de morir. Y a mí me parece no sólo un reflejo de su honda crisis religiosa, que opta por un dios personal, critica el ritualismo externo y propugna el pensamiento libre. Todo eso está en el poema. Pero hay en él también una referencia que ilustra, a mi juicio, el desenlace de toda la evolución cultural y estética de Blanco, al afirmar –dentro ya de una concepción romántica– que la clave del hombre está dentro del hombre mismo, que es en su interior donde hay que buscar a Dios.

Poema, pues, programático, que cierra la evolución lírica de Blanco y también su evolución existencial. El poeta clasicista de los primeros años, el refinado y jocosos anacreóntico de Dorilas y Alexis ha ido cargando su poesía de acentos agitados y de forcejeos sentimentales. Sin renunciar por ello a una fuerte carga ideológica en la que su concepción de Dios y la cada vez más angustiada soledad del exilio son los dos anclajes en los que se sustenta su lírica final. Hoy van a resonar en esta Real Academia de Buenas Letras, a la que Blanco y sus amigos enseñaron a dar sus primeros pasos, los ecos de aquellos poemas que él escribiera hace más de siglo y medio. Recordar sus acentos, revivir su palabra es –creemos– el mejor homenaje que hoy puede rendírsele, a tanta distancia temporal e ideológica de aquello, en un ambiente de tolerancia intelectual y de respeto a la discrepancia que para sí hubiese querido nuestro poeta. Dos instituciones de Sevilla –la Real Academia de Buenas Letras y la Universidad– las dos tan vinculadas a su biografía, han querido unirse para este acto que hacemos en común y que será –estoy seguro– augurio de nuevas colaboraciones en bien de las letras de una ciudad que Blanco, como tantos otros, dejó atrás en tiempos difíciles pero cuyo recuerdo fue siempre en su corazón de poeta.